

Documentos

EL CENTENARIO DE KEYNES: LA CRÍTICA AUSTRIACA*

F.A. HAYEK

No resultará fácil a los futuros historiadores explicar cómo pudo llegar a estar la opinión general, durante una generación después de la prematura muerte de Keynes, tan completamente dominada por lo que se pensaba era el keynesianismo y en un modo tal como ningún hombre antes había dominado la política económica y su desarrollo. Tampoco será sencillo de explicar por qué dejaron de estar de moda tales ideas casi de repente, dejando tras de sí una comunidad de economistas un tanto perplejos y que habían olvidado muchas cosas que habían sido razonablemente bien comprendidas antes de la «revolución keynesiana». No puede haber duda que fue en el nombre de Keynes y sobre su trabajo teórico sobre los que el mundo moderno experimentó su mayor período de inflación general, y éste tiene de nuevo que pagar ahora por ello con una depresión de notable extensión y severidad. Sin embargo, es más que dudoso que el propio Keynes hubiera aprobado las políticas ejecutadas en su nombre.

Fue Keynes quien nos dijo, en 1919, que

No hay modo más sutil y seguro de subvertir las bases de una sociedad que devaluar su moneda. El proceso concita todas las fuerzas ocultas de las leyes económicas poniéndolas al servicio de la destrucción, y de una manera tal, que ni siquiera un hombre entre un millón sería capaz de diagnosticar.¹

* [F.A. Hayek, «The Keynes Centenary: The Austrian Critique», *The Economist*, 11 de junio de 1983, pp. 45-48. -Ed.].

¹ [J.M. Keynes, *The Economic Consequences of the Peace*, cit. La cita aparece en p. 49. Aunque hubiera resultado bonito, Lenin jamás dijo eso. Véase Donald Moggridge, *Maynard Keynes: An Economist's Biography* (Londres: Routledge, 1992), pp. 332-333. -Ed.].

Fue Keynes quien alegó que Lenin había llegado a la conclusión de que «el mejor modo de destruir el sistema capitalista era devaluar la moneda».²

Durante este crucial periodo pude observar buena parte del proceso y en ocasiones discutir los asuntos decisivos con Keynes, a quien admiraba mucho en muchos aspectos y aún considero uno de los hombres más notables que he conocido. Sin duda fue uno de los pensadores más potentes de su generación y uno de sus mejores exponentes. Sin embargo, por paradójico que suene, no fue un economista bien formado y el desarrollo de la economía como ciencia ni siquiera constituyó su principal preocupación. En último término, ni siquiera estimaba en mucho la economía como ciencia, tendiendo a justificar su capacidad superior para proporcionar justificaciones teóricas como un instrumento legítimo para persuadir al público a apoyar las políticas que según su intuición el momento requería.

La cuestión del papel de Keynes en la historia es esencialmente el de cómo pudo su docencia lograr abrir de nuevo las compuertas a la inflación, después de un general reconocimiento de que la ganancia temporal en empleo mediante una expansión del crédito habría de pagarse con creces más tarde con un desempleo más severo. Ahora se está volviendo a descubrir esta antigua verdad. La amarga experiencia ha vuelto a mostrar que la aceleración de la inflación, que cuanto puede hacer es mantener el tipo de empleo que la propia inflación ha creado, no puede continuar indefinidamente.

Keynes nunca admitió que se requería una inflación progresiva para que cualquier aumento en la demanda monetaria pudiera incrementar establemente el empleo de mano de obra. Era plenamente consciente del peligro que suponía una demanda monetaria creciente que degenera en inflación progresiva, y hacia el final de su vida le preocupó enormemente que pudiera ocurrir algo así. Puedo relatar de primera mano que, la última vez que discutí estos temas con él, estaba seriamente alarmado por la agitación creada por una expansión del crédito en algunos de

² [Keynes, *The Economic Consequences of the Peace*, cit., p. 148. –Ed.].

sus asociados más cercanos. Incluso llegó a asegurarme que si sus teorías, tan necesarias en la deflación de los años treinta, alguna vez llegaran a producir efectos peligrosos, él cambiaría rápidamente la opinión pública en la dirección correcta. Pocas semanas más tarde estaba muerto y no pudo hacerlo.

Sin embargo, es innegable que cabe extraer de buena fe conclusiones inflacionistas a partir de sus enseñanzas. Esto indica que sus teorías deben de haber padecido algún defecto serio, lo que suscita la cuestión central de si la enorme influencia que ejercieron sus opiniones sobre la opinión profesional se debió a un progreso real en la comprensión de la economía o más bien a algún error categórico. Circunstancias especiales me hicieron pensar desde el principio que todo su análisis se fundaba sobre un error garrafal.

Me temo que esto me obliga a decir con franqueza que aún sigo convencido de que Maynard Keynes ni dominaba el cuerpo de teoría económica por entonces disponible ni se preocupaba realmente por familiarizarse con los desarrollos del mismo que quedarán al margen de la tradición marshalliana, en la que se había formado durante la segunda parte de sus años como estudiante en Cambridge. Su objetivo principal fue siempre influir en política, y la teoría económica no fue para él más que un instrumento a tal efecto; confió a su poder intelectual la elaboración de una teoría que se adaptara mejor a este fin, y lo intentó de diversas formas.

En estos esfuerzos teóricos le guiaba una idea central, que en cierta ocasión me describió durante una conversación como un «axioma del que sólo un lerdo podría dudar», a saber, que existe siempre una correlación positiva entre el pleno empleo y la demanda agregada de bienes de consumo. Esto le hacía pensar que aún había más de verdad en aquella teoría del subconsumo que fue predicada durante generaciones por una larga lista de radicales y excéntricos pero por relativamente pocos economistas académicos. Fue su restablecimiento del enfoque del subconsumo lo que hizo sus teorías tan atractivas para la izquierda. La profunda intuición de John Stuart Mill de que la demanda de mercancías no es de suyo demanda de mano de obra, que Leslie Stephen pudo describir en 1876 como la doctrina cuya «plena

comprensión quizás constituya la mejor prueba de la sensatez de un economista»,³ seguía siendo para Keynes un incomprensible absurdo.

EL PAPEL DE LA INVERSIÓN

En la tradición de Cambridge, que gobernó el poco tiempo que Keynes dedicó a sus estudios de economía, no se estudiaba en serio la teoría del capital de Mill-Jevons, más tarde desarrollada por Böhm-Bawerk y Wicksell. Hacia 1930, estas ideas habían sido completamente olvidadas en el mundo angloparlante. Junto con muchos de mis colegas de profesión, yo mismo podría haber aceptado fácilmente la elaboración que hiciera Keynes de la creencia común en una dependencia directa entre demanda agregada y empleo de no ser porque no sólo me había formado en la tradición de Böhm-Bawerk-Wicksell, sino que, poco antes de que apareciera el *Treatise on Money*⁴ de Keynes, había dedicado mucho tiempo a analizar un intento americano similar, aunque mucho menos refinado, de desarrollar una teoría monetaria de las causas del «subconsumo». ⁵ A tal objeto, había desarrollado un poco más la teoría monetaria Wicksell-Mises de sobreestimulación de la inversión que, pensaba yo, refutaba la ingenua suposición de la que partía Keynes de una dependencia directa de la inversión respecto a la demanda final.

Con el paso de los años tuve repetidas ocasiones de discutir estos temas con Keynes, y me quedó bien claro que nuestras diferencias radicaban por entero en su rechazo a cuestionar tal supuesto. En una ocasión acerté a hacerle admitir, con evidente

³ [Sir Leslie Stephen, *History of English Thought in the Eighteenth Century* (Londres: Smith, Elder, 1876), vol. 2, capítulo 11, p. 297. Las dos hijas de Stephen con su segunda mujer, Vanessa (quien se casaría con Clive Bell) y Virginia (con Leonard Woolf), fueron figuras centrales del grupo de Bloomsbury, que reunía a las personas más cercanas a Keynes durante los años que mediaron entre la universidad y su matrimonio en 1925 con Lydia Lopokova. -Ed.]

⁴ [J.M. Keynes, *A Treatise on Money*, cit. -Ed.].

⁵ [Sus esfuerzos quedaron reflejados en el artículo «La “paradoja” del ahorro», que figura como capítulo II de este volumen. -Ed.].

sorpreza por mi parte, que en ciertas circunstancias una inversión anterior podría originar un incremento en la demanda de capital. En una ocasión posterior, en que le encontré momentáneamente interesado en la posibilidad de que una caída de los precios de los productos pudiera conducir a invertir en orden a reducir los costes unitarios, desestimó sin embargo tal idea rápida y abruptamente como si de una tontería se tratara.

Puesto que los factores que la economía keynesiana tan fatalmente descuida son los determinantes del empleo distintos de la demanda final, una demostración de su papel en la historia puede ayudarnos a recordar brevemente, una vez más, este aspecto de la economía. Puede ayudar imaginar el continuo flujo de la producción como un gran río que puede, con independencia de la succión de su boca, crecer o menguar en sus diferentes tramos según aporten más o menos volumen los incontables afluentes de su cabecera. Las fluctuaciones en inversión y renovación harán que la corriente crezca o mengüe en volumen en los tramos superiores con los consiguientes cambios en empleo, como ocurre en el curso de las fluctuaciones industriales. No existe necesariamente correspondencia en un periodo dado entre el volumen (o incluso la dirección del cambio) de la venta de los productos finales y el del empleo.

El volumen de la inversión ni de lejos se mueve proporcionalmente con la demanda final, y no sólo se ve afectado por el tipo de interés, sino también por los precios relativos de los diferentes factores de producción, en particular de los diferentes tipos de trabajo, cambios tecnológicos aparte. La inversión dependerá del volumen de los diferentes tramos de la corriente, con independencia de si en un momento dado el empleo total de los factores de producción es mayor o menor que la demanda efectiva de productos finales. Lo que de modo inmediato determina la aportación de los afluentes a la corriente principal no será la demanda final, sino la estructura de precios relativos de los diferentes factores de producción: los diferentes tipos de trabajo, de productos semi-manufacturados, de materias primas y, por supuesto, de tipos de interés.

Cuando, dirigida por los precios relativos, toda la corriente cambie de forma, también el empleo tendrá que hacerlo en sus

diferentes tramos y a ritmos muy diferentes; unas veces, parecerá felizmente alargarse la corriente toda, proporcionando empleos adicionales, y otras ocurrirá lo contrario. Esto puede producir fuertes fluctuaciones en el volumen de empleo, particularmente en las industrias «pesadas» y en la construcción, sin que se produzcan cambios en la misma dirección en la demanda de los consumidores. Es un hecho histórico bien conocido que en una recesión el reavivamiento de la demanda final suele ser efecto más que causa del de los primeros tramos de la corriente productiva, a saber, los compuestos por las actividades generadas por los ahorros en busca de inversión y por la necesidad de hacer frente a renovaciones y reparaciones atrasadas.

Lo importante es que las crecidas y menguas independientes de los diferentes tramos de la corriente de producción están causados por cambios en los precios relativos de los diferentes factores, viéndose algunos atraídos por los elevados precios hacia los primeros tramos del proceso, o viceversa. Esta constante reasignación de recursos queda completamente oculta por el análisis que Keynes decidió adoptar y que desde entonces se conoce como «macroeconomía», esto es, un análisis en términos de relaciones entre varios agregados o medias, tales como demanda u oferta agregadas, precios medios, etc. Este enfoque oscurece la naturaleza del mecanismo mediante el cual se determina la demanda de los diferentes tipos de actividad.

EL MITO DE LA MEDICIÓN

Inevitablemente ha de quedar defraudada la esperanza [de la economía] de convertirse en una ciencia más «empírica» haciéndose más «macroeconómica», porque esas magnitudes estadísticas —que sólo cabe establecer por «medición»— no se convierten *ipso facto* en relevantes como causa de las acciones de unos individuos que de hecho las desconocen. Los fenómenos económicos no son fenómenos de masas del tipo al que cabe aplicar la teoría estadística, sino que pertenecen a la esfera de fenómenos comprendida entre los fenómenos simples, en los que la gente puede establecer todos los datos relevantes, y los

verdaderos fenómenos de masas, en los que hay que guiarse por probabilidades.

No se puede negar seriamente que las causas monetarias ejerzan importantes efectos en el orden del mundo de los bienes reales, o que Keynes haya descuidado en gran medida tales efectos. Sin embargo, el enfoque puramente monetario que adoptó creó considerables dificultades de crítica a un oponente convencido de que Keynes había pasado por alto las cuestiones cruciales. Debo explicar por qué no volví a la carga después de haber dedicado tanto tiempo a un cuidadoso análisis de sus escritos, una negligencia que me he reprochado continuamente desde entonces. No se trató simplemente (como a veces he pretendido) de la inevitable desilusión de un joven al que un famoso autor le dice que sus objeciones no importan, puesto que él ya ni siquiera cree en sus propios argumentos. Tampoco se trata realmente de que yo fuera consciente de que una refutación efectiva de las conclusiones de Keynes tendría que poner en entredicho todo el enfoque macroeconómico. Más bien, fue que su menosprecio hacia lo que a mí me parecían cuestiones cruciales me hizo advertir que la crítica pertinente tendría que ocuparse más de lo que Keynes no trataba que de lo que trataba, y que en consecuencia el requisito previo para desmontar completamente su argumento era elaborar una teoría del capital aún inadecuadamente desarrollada.

Así, pues, me embarqué en esta tarea, intentando dirigirla hacia una discusión de los factores determinantes de la inversión en un sistema monetario. La parte preliminar «pura» de la misma, sin embargo, resultó mucho más difícil y me llevó mucho más tiempo de lo esperado. Cuando estalló la guerra, haciendo dudosa la publicación de una obra tan voluminosa, recogí en una obra separada lo que pretendía hubiera sido el primer paso de un análisis de las debilidades keynesianas, que quedó indefinidamente pospuesto.⁶

La causa principal del aplazamiento fue que pronto me encontré apoyando a Keynes en su lucha contra la inflación de la guerra, y por entonces lo último que deseaba era minar su autoridad.

⁶ [F.A. Hayek, *The Pure Theory of Capital*, cit. –Ed.].

Aunque considero las doctrinas de Keynes como las principales responsables de la inflación del último cuarto de siglo, estoy convencido de que no era algo que deseara y que con todas sus fuerzas se habría dedicado a impedir. Pero no estoy seguro de que lo hubiera logrado, ya que nunca vio con claridad que sólo una aceleración de la inflación podía asegurar de modo duradero un elevado nivel de empleo.

DISCÍPULOS DESVIADOS

Keynes, hacia el final de su vida, no es que estuviera precisamente contento con la dirección que estaban tomando los esfuerzos de sus asociados más cercanos. Puedo perfectamente creer su dicho de que, así como Marx nunca fue marxista, tampoco él era keynesiano. Sabemos también, por la autoridad de la profesora Joan Robinson, que «hubo momentos en que no nos resultó fácil hacer ver a Maynard en qué consistía realmente su revolución, pero cuando finalmente la resumió después de la publicación de su libro supo centrar el asunto».⁷ Fueron de hecho las ideas del grupo de doctrinarios keynesianos más jóvenes las que guiaron la inflacionista política de «pleno empleo» durante los siguientes treinta años, no sólo en Gran Bretaña, sino en casi todo el resto del mundo.⁸

Soy plenamente consciente de que, efectivamente, estoy sosteniendo que quizás la figura intelectual más impresionante con la que jamás me he encontrado estaba completamente equivocada en lo que toca a la obra científica por la que principalmente se le conoce. Pero debo añadir que estoy convencido de que debía su extraordinaria influencia en este campo, al que dedicó sólo una pequeña parte de sus energías, a una combinación casi única de otros talentos. Con independencia de si tenía o no razón, esos talentos le convirtieron en una de las figuras más sobresalientes

⁷ [Joan Robinson, «What Has Become of the Keynesian Revolution?», conferencia en la British Association, 1972, en sus *Collected Economic Papers*, volumen 5 (Cambridge, Mass.: MIT Press, 1980), p. 170. –Ed.].

⁸ [Véase en este volumen el *Anexo* al capítulo X para más información sobre el episodio. –Ed.].

de su época. En el futuro aparecerá como un representante de su tiempo, como ahora lo son para nosotros algunas famosas figuras renacentistas. No discuto que su influencia en otros campos tuviera por qué ser más benéfica. En realidad, estoy convencido de que su influencia fue desastrosa, con ese rechazo suyo de la moralidad convencional⁹ y su altanera actitud de «a largo plazo, todos muertos».

Fueron esos notables talentos, empero, los que hacen tan difícil escapar a su influencia y resistirse a ser arrastrados hacia su modo de pensar. No es sólo que poseyera una increíble variedad de intereses intelectuales, sino que incluso sentía mayor inclinación por las artes. También fue un gran patriota, si es que ésta es la palabra correcta para designar a un profundo creyente en la superioridad de la civilización británica. Una de sus más destacadas características, y fuente principal de la fascinación que su persona ejercía, era el hecho de que sus esfuerzos intelectuales estuvieran en gran medida dominados por sus sentimientos estéticos.

ALPHA PLUS

Un breve episodio de esa última vez en que coincidimos, en una cena en el King's College, puede dar una idea de la asombrosa riqueza de su mente. En los últimos años de la guerra me había enviado regularmente la edición americana del *Journal of the History of Ideas*, al que él estaba suscrito y que a mí me resultaba difícil conseguir. Dos o tres semanas antes de esa cena en el King's me había remitido el último número, y dio la casualidad de que yo había leído en él esa misma mañana un artículo sobre las circunstancias de la publicación póstuma de la segunda obra de Copérnico. Durante el café me senté frente al astrónomo del *college*, que aún no había visto el artículo, lo que proporcionó un tema de conversación bien recibido.

⁹ [Para las opiniones de Keynes sobre ética y moralidad, véase su ensayo «My Early Beliefs», *op. cit.*, pp. 433-450. Por la importancia del mismo para entender el pensamiento de Keynes, véase Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes: Volume One, Hopes Betrayed 1883-1920* (Nueva York: Viking, 1983), capítulo 6. -Ed.].

Keynes, que estaba sentado en la mesa un poco más allá y enzarzado en otra conversación, estaba evidentemente siguiendo al mismo tiempo mi relato del asunto. De repente me interrumpió, cuando estaba desgranando un detalle complicado, con un «Te equivocas, Hayek». Ofreció él entonces un relato mucho más completo y preciso de las circunstancias, aunque quizás hiciera dos o tres semanas que él había visto lo que yo había leído hacía apenas unas horas.

Me he limitado aquí a sus principales contribuciones a la teoría económica. Pero la gran influencia de Keynes excedió con mucho, e incluso es anterior, a las esperanzas que su obra técnica despertó de un pleno empleo sostenido. Keynes se había ganado la atención de los pensadores «avanzados» mucho antes y contribuyó enormemente a impulsar una tendencia que entraba en conflicto con sus propios comienzos dentro del liberalismo clásico. La época en que se convirtió en ídolo de los intelectuales de izquierdas fue en realidad en 1933, cuando dejó atónitos a muchos de sus anteriores admiradores con un ensayo sobre «National Self-Sufficiency» en el *New Statesman and Nation*¹⁰ (reimpreso con igual entusiasmo en la *Yale Review*,¹¹ el comunista *Science and Society*¹² y el nacional-socialista *Schmoller's Jahrbuch*¹³). En el ensayo proclamaba que «[e]l decadente capitalismo internacional —pero no por ello menos individualista— en cuyas manos nos hemos encontrado tras la guerra no es en modo alguno un éxito. No es inteligente, no es bello, no es justo, no es virtuoso y, sobre todo, no proporciona bienes. En resumen, nos desagrade y estamos empezando a despreciarlo.»¹⁴ Más tarde, en el mismo tono, en su prefacio a la traducción alemana de la *General Theory*,¹⁵ sinceramente

¹⁰ [*The New Statesman and Nation*, 8 de julio de 1933, pp. 36-37, y 15 de julio, 1933, pp. 65-67. Reimpreso en *Activities 1931-9: World Crises and Policies in Britain and America*, cit., pp. 233-246. —Ed.].

¹¹ [*The Yale Review* 22, n.º 4, verano de 1933, pp. 755-769. —Ed.].

¹² [No se menciona en el Índice General de la revista marxista *Science and Society* que el artículo de Keynes se hubiera reimpreso ahí. —Ed.].

¹³ [«Nationale Selbstgenügsamkeit», *Schmoller's Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft im Deutschen Reiche*, cit. —Ed.].

¹⁴ [«National Self-Sufficiency», *op. cit.*, p. 239. —Ed.].

¹⁵ [J.M. Keynes, *Allgemeine Theorie der Beschäftigung, des Zinses und des Geldes*, cit. El Prefacio a la edición alemana aparece reimpreso en *The General Theory of Employment*,

recomendaba sus propuestas políticas como más fácilmente adaptables a las condiciones de un régimen totalitario que aquellas en que la producción se guía por la libre competencia.

No es de extrañar que sus discípulos se quedaran de piedra cuando, mucho después de su muerte, se supo que menos de una década más tarde había dicho de mi libro *The Road to Serfdom*,¹⁶ en una carta personal, que «desde consideraciones morales y filosóficas me encuentro virtualmente de acuerdo con todo; y no sólo de acuerdo, sino en un acuerdo profundamente emocionado». ¹⁷ Keynes matizó esta aprobación con la curiosa opinión de que «en un país que piensa correctamente cabe ejecutar a salvo actos peligrosos que, si fueran ejecutados por quienes no sienten correctamente, podrían conducir al infierno».

Los genios inspirados y con gran poder de convicción no constituyen necesariamente una bendición para la sociedad en la que surgen. John Maynard Keynes fue indudablemente uno de los grandes hombres de su época, en algunos aspectos representativo y en otros revolucionario, pero difícilmente el gran científico cuyas intuiciones siguen un único camino al desarrollarse. Sus *Collected Writings*, «principalmente en el campo de la economía», que ahora andan rondando el volumen treinta, constituyen sin duda una documentación importante de los movimientos intelectuales de su tiempo. Pero un economista puede sentir dudas sobre si tal distinción —para la que aún tienen que esperar Newton, Darwin y los grandes filósofos británicos— no es más una muestra de la idolatría de que gozó entre sus admiradores personales que algo proporcionado a su contribución al avance del conocimiento científico.

Interest and Money, cit., pp. xxv-xxvii. El pasaje significativo reza: «[L]a teoría de la producción como un todo, que es lo que intenta proporcionar esta obra, se adapta mucho más fácilmente a las condiciones de un régimen totalitario que la teoría de la producción y distribución de una producción dada bajo condiciones de libre competencia y amplias medidas de *laissez-faire*» (p. xxvi). —Ed.]

¹⁶ [F.A. Hayek, *The Road to Serfdom*, cit. —Ed.] {traducción española: *Camino de servidumbre* (Madrid: Editorial Revista de Derecho Privado, 1946; nueva ed., Alianza Editorial, 1978)}.

¹⁷ [Carta del 28 de junio de 1944, reimpresa en *Activities 1940-6: Shaping the Post-War World: Employment and Commodities*, cit., p. 385. —Ed.]

EL FUTURO DEL LIBERALISMO*

LUDWIG VON MISES

Todas las civilizaciones más antiguas perecieron, o al menos permanecieron en una condición estacionaria mucho antes de alcanzar aquel grado de desarrollo material al que ha llegado la civilización europea moderna. Guerras con los enemigos externos y guerras civiles internas destruyeron a los Estados; la anarquía que siguió provocó una involución de la división del trabajo; las ciudades, el comercio y las industrias decayeron, y con la decadencia de las bases económicas el refinamiento de la cultura y de las costumbres tuvo que ceder a la incultura y a la degradación. La civilización europea moderna ha conseguido consolidar las relaciones sociales entre los individuos y entre los pueblos mucho más de lo que tuvo lugar en el pasado. Y esto fue obra de la creciente influencia espiritual que fue adquiriendo la ideología social liberal, elaborada y desarrollada de manera cada vez más clara y rigurosa desde finales del siglo XVII. Fueron el liberalismo y el capitalismo los que crearon las bases de todas las prodigiosas conquistas que caracterizan a nuestro tenor de vida moderno.

Pero hoy un soplo de muerte azota a nuestra civilización. Un puñado de diletantes anuncia que todas las civilizaciones, y por tanto también la nuestra, tienen que perecer en virtud de una ley inexorable. Habría, pues, llegado para Europa la hora de la muerte. Tal es lo que enseñan esos señores, y muchos les creen. Por doquier se respira una atmósfera otoñal.

Pero la civilización moderna no perecerá, a no ser que se suicide. Ningún enemigo externo puede destruirla como los españoles destruyeron la civilización azteca, porque no hay nadie sobre la faz de la tierra que pueda competir con los protagonistas de

* Ludwig von Mises, *Liberalismo*, Unión Editorial, Madrid 2005, pp. 245 y ss.

la civilización moderna. Sólo enemigos internos pueden amenazarla. Sólo puede morir si la ideología antiliberal y antisocial sustituye a las ideas liberales.

En realidad la convicción de que el progreso material sólo es posible en la sociedad capitalista empieza a difundirse cada vez más. Aunque los antiliberales no lo admiten explícitamente, hay un reconocimiento pleno e implícito indirectamente en el elogio que suele hacerse del estado estacionario.

Se empieza a pensar que los progresos materiales de las últimas generaciones han sido ciertamente excepcionales y han producido algunas cosas útiles, pero que ha llegado el tiempo de decir basta. Es hora de que la prisa y de que la carrera desenfadada del capitalismo moderno ceda el paso a una tranquila fase de meditación. Es preciso hallar tiempo para un retorno a nuestro interior, y para ello hay que sustituir el capitalismo por una organización económica distinta que deje de crear cosas nuevas. La mirada del economista romántico vaga por el pasado y descubre la Edad Media, pero no la Edad Media real que existió históricamente, sino un modelo suyo puramente fantástico, que nunca existió realmente. Su mirada se extiende también por Oriente, y tampoco aquí se trata de un Oriente verdadero sino soñado por su fantasía. ¡Qué felices eran los hombres sin la técnica y sin la cultura moderna! ¡Cómo hemos podido renunciar con tanta ligereza a semejante paraíso!

Quien predica el retorno a formas más simples de economía social, olvida que sólo nuestro sistema económico ofrece la posibilidad de mantener, como hoy ocurre, el número de individuos que actualmente puebla nuestro planeta. Un retorno a la Edad Media significaría el exterminio de cientos de millones de personas. Quienes defienden el estado estacionario responden, por supuesto, que no es preciso llegar tan lejos. Bastaría detenerse en los niveles ya alcanzados y renunciar a ulteriores progresos.

Quien magnifica el estado estacionario olvida también que el deseo de mejorar la propia situación material es innato en el hombre que piensa. No se puede borrar este impulso que es el resorte de toda acción humana. Si se le cierra el camino por el que ha conseguido obrar por el bien de la sociedad, perfeccionando los modos de satisfacer las propias necesidades, no le queda más que

una alternativa: la de volver a oprimir y robar a sus semejantes, tratando solamente de enriquecerse a sí mismo y de empobrecer a todos los demás.

Es cierto que este afanarse por aumentar el propio bienestar no hace a los hombres más felices. Pero está en la naturaleza del hombre tender a mejorar su propia condición material. Quitadle la satisfacción de esta tensión y caerá en la apatía y el embrutecimiento. La masa no escucha a quien la exhorta a contentarse; y acaso también los filósofos que lanzan este grito de advertencia son presa de una grave forma de auto-ilusión. Si decís a la gente que sus padres vivían peor, os dirán que no comprenden por qué razón ellos no deben mejorar.

Acertado o equivocado, con o sin el beneplácito del austero censor, un hecho es cierto: que los hombres tienden y tenderán siempre a mejorar su propia condición. Es el destino del hombre, que éste no puede eludir. El desasosiego y la inquietud del hombre moderno es vivacidad de su mente, de sus nervios y de sus sentidos. No se puede reconducirle a la arcadía de las fases ancestrales de la historia humana, como no se puede restituir al adulto la ingenuidad de su niñez.

Pero, sobre todo, ¿qué se ofrece a cambio de la renuncia a un ulterior progreso material? La dicha y la felicidad, la paz y el equilibrio interior, no nacerán por el simple hecho de no pensar ya en mejorar el modo de satisfacer las propias necesidades. Es absolutamente insensata la idea de estos intelectuales resentidos, de que la pobreza y la austeridad crean las condiciones para el pleno despliegue de las energías internas. Cuando se discute de estas cuestiones sería conveniente evitar los circunloquios y llamar a las cosas por su nombre. La riqueza moderna se manifiesta sobre todo en la cultura del cuerpo —higiene, amor por la limpieza, deporte—. Todavía hoy —acaso ya no en Estados Unidos, pero seguramente en todas partes— el lujo de las personas acomodadas, si el progreso económico mantiene el ritmo que ha tenido hasta ahora, se convertirá muy pronto en patrimonio de todos. ¿Acaso piensa alguien enriquecer la vida interior del hombre excluyendo a las masas de la conquista de aquel nivel de higiene física del que ya pueden disfrutar las personas acomodadas? ¿La felicidad está en un cuerpo descuidado?

A quien canta las loas de la Edad Media sólo se le puede responder que nada sabemos de los sentimientos íntimos del hombre medieval, es decir, si se sintió más feliz o menos feliz de lo que se siente el hombre moderno. Pero a quienes señalan como modelo el estilo de vida de los orientales quisiéramos preguntarles si realmente la Asia de hoy es ese paraíso que nos describen.

El elogio de la economía estacionaria como ideal social es realmente el último argumento de los enemigos del liberalismo para justificar sus teorías. No olvidemos la premisa de sus críticos, es decir, que el liberalismo y el capitalismo frenan el desarrollo integral de las fuerzas productivas y provocan la miseria de la masa. No olvidemos tampoco que los enemigos del liberalismo han presumido de perseguir un orden social capaz de crear más riqueza de la que puede crear el orden social que combaten. Y ahora, acorralados por la autocritica de la economía política y de la sociología, tienen que admitir que sólo el capitalismo y el liberalismo, sólo la propiedad y la libre actividad empresarial garantizan la máxima productividad del trabajo humano.

Suele afirmarse que lo que hoy separa a los partidos políticos serían las grandes antítesis ideológicas, esos contrastes que sería imposible superar con argumentos racionales. De donde —se sostiene— la inutilidad incluso de discutir estas grandes antítesis, dado que cada uno seguiría manteniendo su propia opinión porque ésta se apoya en una visión general de las cosas impermeable a toda consideración racional. Puesto que los fines últimos a los que tienden los hombres son diferentes, habría que excluir cualquier posibilidad de que estos mismos hombres que persiguen fines diferentes puedan ponerse de acuerdo sobre un modelo común.

Pero ésta es una visión absolutamente invertida de las cosas. Si excluimos a los pocos ascetas que coherentemente desean despojarse de todos los bienes exteriores y llegan a la supresión misma de la acción y de la praxis, mejor dicho, al total aniquilamiento de sí mismos, el resto de la humanidad de raza blanca, al margen de sus divergencias sobre las cosas ultraterrenas, coinciden en preferir un sistema social de alta productividad del trabajo a un sistema de baja productividad. Incluso quienes piensan que un desarrollo creciente del modo de satisfacer nuestras necesidades

tiene aspectos negativos, y que por tanto sería mejor que nos acostumbráramos a producir menos bienes —salvo verificar cuántos son realmente quienes así piensan sinceramente—, incluso éstos, decía, no auspiciarían que la misma cantidad de trabajo produjera menos bienes; a lo sumo, auspiciarían que se trabajara menos y por tanto se produjera menos, pero no que la misma cantidad de trabajo produjera menos.

Los actuales contrastes políticos no dependen de opuestas visiones generales del mundo; se refieren a la vía y a los medios para alcanzar con la máxima rapidez y el mínimo sacrificio una meta que todos reconocen justa. Esta meta, este fin al que todos tienden, es la máxima satisfacción de las necesidades humanas, el bienestar, la riqueza. Es evidente que esto no agota enteramente las aspiraciones del hombre, pero es todo aquello a lo que pueden aspirar con medios materiales a través de la cooperación social. Los bienes interiores —la dicha, la felicidad del alma, la elevación espiritual— cada uno debe buscarlos tan sólo en sí mismo.

El liberalismo no es una religión, no es una concepción general del mundo, una *Weltanschauung*, y mucho menos un partido que defiende intereses particulares. No es una religión, porque no pide ni fe ni entrega, no vive en una aureola de misticismo y no posee dogmas. No es una concepción general del mundo, porque no pretende explicar el cosmos y no nos dice ni quiere decirnos nada sobre el sentido y el fin de la existencia humana. No es un partido de intereses, porque no promete, no quiere proporcionar y no concede de hecho privilegios de ninguna clase a ningún grupo y a nadie personalmente. El liberalismo es algo completamente distinto. Es ideología, teorización del nexo que mantiene unidas las realidades sociales y al mismo tiempo aplicación de esta teoría al comportamiento de los hombres en las realidades sociales. No promete nada que sobrepase los límites de lo que en la sociedad y por medio de la sociedad puede realizarse. Sólo una cosa quiere dar a los hombres: un desarrollo pacífico y continuo del bienestar material para todos, para mantener lejos las causas externas del sufrimiento en los límites en que pueden hacerlo las instituciones sociales. Reducir el sufrimiento, aumentar el bienestar, tal es su fin.

Ninguna secta y ningún partido político ha creído nunca que podía renunciar a los afectos a favor de la propia causa. Retórica

rimbombante, música e himnos con ondear de banderas, flores y colores simbólicos, todo sirve a los jefes para ligar a sus seguidores a su propia persona. Nada de esto hace el liberalismo. No tiene una flor o un color como símbolo de partido, ni un himno o ídolos de partido, símbolos o lemas. Tiene una causa que defender y los argumentos para defenderla. Es con éstos con los que debe triunfar.

NUEVOS «ISMOS» QUE AMENAZAN LA LIBERTAD*

GERHARD SCHWARZ**

Señor presidente de la República Checa, queridos miembros de la Mont Pelerin Society, queridos amigos de la libertad, no solamente es un placer y un honor dirigirme a tan distinguida audiencia, también es un reto hablar después de tan eminente persona como es nuestro amigo Václav Klaus, pero ¿quién podría declinar semejante invitación!

Como dijo el presidente Klaus en sus palabras de apertura y bienvenida el domingo por la noche, no ha pasado mucho tiempo desde que no había ninguna duda acerca de por dónde venía la amenaza a la sociedad abierta. Emanaba de las ideologías del Nacional-Socialismo y el Socialismo Internacional. Aunque el reto y la amenaza eran grandes, al menos se sabía quiénes eran los enemigos del capitalismo de mercado. El supuesto «Fin de la Historia», en un principio, parecía ser un triunfo. Sin embargo, pronto empezaron a germinar pérfidas amenazas a la libertad individual. Estos nuevos «ismos», como yo los llamo, incluyen, por un lado, ciertas actitudes político-filosóficas fundamentales que se han desprendido de las viejas ideologías, como la creencia de que, en la mayoría de los casos, las soluciones centralizadas son mejores que las descentralizadas; o la idea de que la exposición pública de todo y de todos es preferible a la protección de la privacidad.

Por otro lado, hay nuevos y no tan nuevos «ismos» cuya visión del mundo tiene un enfoque diferente a la de los antiguos. Esto es

* Discurso para la Reunión General de la Mont Pelerin Society en Praga, 2012.

** Dr. Gerhard Schwarz es Director Gerente del think tank Avenir Suisse. Previamente fue jefe de la sección de economía, finanzas y negocios y editor en jefe del diario *Neue Zürcher Zeitung*. Actualmente es profesor visitante de la Universidad de Zurich y ha escrito y editado numerosos libros.

especialmente notable en el caso del medioambientalismo y el feminismo. Ambos, cuyas actitudes son más mentales y su énfasis más centrado en el contenido, a menudo llegan bajo un disfraz.

El fundamentalismo religioso no esconde en absoluto su cara antiliberal, sobre todo el Islamismo. Omito las anotaciones que hago en el artículo escrito, pero permítanme que les diga que las tentaciones fundamentalistas se pueden observar en casi todas las religiones. Contemplan casi todo lo moderno con desconfianza: desde la teoría de la evolución de Darwin hasta la investigación genética, y junto con las ciencias, también la tecnología, los medios de comunicación, la economía de mercado y la globalización. Esta actitud anti-Ilustración es un verdadero peligro para cualquier sociedad abierta.

Muchos de los «ismos» mencionados en mi artículo son parte de la fábrica histórica de ideas políticas y, por tanto, componentes de ideologías más comprensivas. Pero hoy en día, aparecen más bien como movimientos individuales y se presentan a sí mismos de una manera nueva y conscientemente no ideológica. Aquí, yo distingo tres grupos: aquellos movimientos que se relacionan con la organización política de la sociedad, aquellos que afectan más a procedimientos políticos, y finalmente, algo apartado, el moralismo como un movimiento que adscribe todo a la moralidad del individuo.

EL AUTORITARISMO, LA DEFENSA DE LA DEMOCRACIA Y EL CENTRALISMO

El autoritarismo pertenece al grupo de los «ismos» políticos. Aún no se ha desarrollado como una amenaza real a la libertad, pero la tendencia a considerar el gobierno sin ninguna participación política como un concepto perfectamente válido para organizar la sociedad parece estar creciendo, no tanto entre intelectuales, sino entre empresarios o incluso entre políticos. Ocasionalmente, muestran simpatía hacia la supuesta estabilidad de este modelo de gobernanza, no solamente en países como Singapur, sino que, más recientemente también en la República Popular de China. Esto es un peligro real para la libertad.

Sin embargo, no podemos olvidar que lo opuesto es, al menos, igual de peligroso. Como suizo, ciertamente considero que la democracia, a pesar de todas las críticas justificadas, es la menos nociva de las formas de gobierno. Sin embargo, la democracia tiene su lugar propio, concretamente aquel en el que las cuestiones afecten a todos y estén relacionadas con los bienes públicos. Mucha gente parece olvidar esto. Un ejemplo actual en Suiza es la discusión sobre la gobernanza corporativa, en la que la mayoría de la población probablemente querría que estuviera regulado por ley hasta el último detalle, en lugar de dejarlo a los propietarios. La democracia es solamente una manera más liberal que la dictadura de tomar decisiones, pero es una forma de tomar decisiones menos liberal que las decisiones individuales de cada persona. En este sentido, demasiada democracia también puede ser un peligro para la sociedad.

Además del autoritarismo y el «democratismo», el centralismo también expresa una idea sobre cómo puede organizarse políticamente una sociedad. Está experimentando un increíble renacimiento en la Unión Europea, impresionantemente ilustrado por las medidas planeadas para rescatar el euro, como la idea de una unión bancaria o el agrupamiento de deudas. La filosofía subyacente es siempre la misma: dejemos que la solución (y los recursos) se encuentren en el siguiente nivel más alto, con la esperanza de que otros tengan entonces la oportunidad de ocuparse de tu propia carga y tú realmente no tengas que hacer tu trabajo. El centralismo es lo opuesto a la subsidiariedad. Muy cercano al centralismo se encuentra la tendencia hacia la armonización, que sostiene que aquellas diferencias que constituyen la riqueza de la vida humana y de la cultura y que impulsan las fuerzas que subyacen a la innovación, deben ser niveladas.

Puede causar sorpresa que mencione el pragmatismo aquí. ¿Qué quiero decir? A la gente le gusta entender «pragmatismo» como algo opuesto a todo lo ideológico, sin embargo, es bajo la pretensión de pragmatismo que los políticos toman partido en contra de cualquier política, al menos parcialmente coherente, dirigida a crear un orden institucional. Ludwig Erhard ha identificado este tipo de pragmatismo como un peligro en las etapas más tempranas del orden liberal. Él dijo que se considera que

un político es competente, «cuando actúa de forma *pragmática*, es decir, el que tiene en cuenta la aleatoriedad del momento. Los pragmáticos son seguidos de cerca por los simples oportunistas y, en última instancia, también por conformistas absolutamente sin principios». Los pragmáticos quieren resolver los problemas, si la libertad está amenazada no les importa. Y son un peligro para el orden liberal, aún en otro sentido: los pragmáticos están animados por una fuerte creencia en la capacidad de conseguir los objetivos y, por lo tanto, tienen muy poco en común con el punto de vista liberal, casi agnóstico, según el cual solamente podemos conocer y moldear la economía hasta un cierto punto.

Desde mi punto de vista, la demanda de casi total transparencia es otro peligro para la libertad. Lingüísticamente resulta un tanto forzado crear otro «ismo» al respecto —aunque pueden disculpar a un suizo sacar este tema. La seguridad nacional o el mero interés público se utilizan como justificación para limitar la privacidad de los ciudadanos. Esto lleva a la terrorífica transformación del Estado en un Gran Hermano. Es ciertamente totalmente contra la corriente principal en Europa reivindicar el punto de vista de que una cuenta bancaria concierne solamente a su propietario, y ciertamente no a las autoridades fiscales. Naturalmente esas autoridades deben ser capaces de exigir al propietario que proporcione información bancaria cuando hay una sospecha bien fundada de seria violación de la ley. Pero la noción de que ser un ciudadano transparente es un problema solamente para quienes tienen algo que esconder y que el ciudadano es un sospechoso que debe probar su inocencia permanentemente está profundamente en contra del espíritu de una sociedad libre.

EL MORALISMO

Otro punto de vista opuesto al liberalismo es el moralismo. Subyace al supuesto de que existe un curso de acción moralmente correcto que es cierto para todo el mundo. Por lo tanto, el comportamiento moralmente correcto ha de ser reforzado en la sociedad

—de hecho debe serlo— coactivamente si es necesario. Entre los moralistas más radicales están los activistas por los derechos de los animales, alguno de los cuales considera justificados los ataques a personas, con tal de poner fin a la experimentación con animales. Hoy en día, el moralismo se expresa particularmente en el contexto del sector financiero. Cualquiera que piense que el origen de la crisis financiera reside casi exclusivamente en la avaricia de los ejecutivos veteranos está ciego frente a los errores en la regulación y las políticas económicas del comienzo de la crisis. Estrechamente relacionado con el moralismo está la «corrección política», la tendencia a reprimir la libertad de expresión del pensamiento, las opiniones y sentimientos porque pueden herir los sentimientos, opiniones y sentimientos de otros, o porque son simplemente «moralmente erróneos».

«ISMOS» QUE PONEN EN PELIGRO LA LIBERTAD POR SU CONTENIDO

El paternalismo

Un maravilloso ejemplo del falso etiquetado con el que funcionan los nuevos «ismos» es la descripción del «paternalismo libertario». Uno puede detectar cierto liberalismo en el hecho de que la gente no se siente obligada a comportarse de determinada manera. Pero apoyados en los descubrimientos de la Economía del Comportamiento, que explica que a veces la gente exhibe inconsistencias (temporales) y que frecuentemente actúa irracionalmente, los defensores del paternalismo concluyen que hay una manera de proceder «mejor», que el Estado puede descubrirla y que debe guiar al público hacia esa «mejor» manera de comportarse. Sin embargo, las inconsistencias de las que se quejan no son ni sorprendentes ni negativas; son parte del liberal «derecho a ser irracional».

El libro *Nudge: Improving Decisions on Health, Wealth and Happiness* de Thaler y Sunstein es un aliciente a la coacción moderada. Me parece que ese «dar un empujón» (*nudging*) no es problemático cuando está relacionado con eliminar asimetrías de la

información, por ejemplo, respecto a los efectos directos y colaterales de las medicinas, o cuando el Estado no puede evitar establecer un marco de alguna manera.

En la cuestión de la honestidad fiscal, por ejemplo, parece que es distinto si la declaración, la que cada cual completa de manera veraz, está al principio o al final del documento. En ese caso, no hay nada que decir contra colocarla en el lugar correcto. Y ¿qué pasa con «empujar» si la sociedad considera como su deber no dejar que la gente fallezca en medio de la calle —incluso si esa gente ha fracasado a la hora de mantenerse por sí mismos, o se han puesto en una situación difícil fruto de su propia imprudencia? Si la sociedad quiere usar los fondos del gobierno para cumplir con su obligación, el derecho de los individuos a actuar irracionalmente ha de ser restringido. Si los contribuyentes pagan por las consecuencias del alcoholismo o del tabaquismo de otros, parece legítimo que el gobierno intente prevenir esos «sucesos perjudiciales» tanto como sea posible. Y entonces ese «empujón» es preferible a la coacción. De alguna forma estamos —en el mundo real— en un círculo vicioso.

Pero la línea divisoria entre informar, empujar suavemente y manipular abiertamente es muy delgada. El paternalismo «suave» puede transformarse rápidamente en paternalismo «duro». Un ejemplo chocante, que es continuación de los impuestos al tabaco y a las advertencias sobre la muerte por cáncer, es la forma en la que la prohibición de fumar se está aplicando por toda Europa. La decisión acerca de si un restaurante es o no para no-fumadores debería dejarse sin ningún temor en manos del manager, la decisión sobre si uno quiere comer en esas condiciones debería ser del consumidor, y la decisión sobre si trabajar allí, del empleado. La reacción respecto a la prohibición de fumar entre los liberales ha sido sorprendentemente débil. Por lo tanto, no me sorprendería si algún día el Estado dictara, no solamente lo que tenemos que comer o beber por nuestro propio bien, sino que también nos animara a hacer ejercicio diario por la mañana —no tan lejos de la gimnasia de las fábricas chinas.

Medioambientalismo

La defensa del medio ambiente es una piedra en el zapato de los amigos de la libertad. Por supuesto, la cuestión del medio ambiente también puede preocupar a los liberales. El fracaso a la hora de tomar en serio éste y otros temas relacionados con los nuevos «ismos», me parece que ni está justificado objetivamente ni es astuto políticamente. Sin embargo, estas preocupaciones, independientemente de lo importantes que puedan ser, tienen que someterse a un análisis coste-beneficio. Y los costes incluyen los costes de oportunidad. En un mundo con recursos escasos, el logro de un objetivo siempre implica que otro objetivo no puede conseguirse. Bjørn Lomborg, a través de su Consenso de Copenhage, ha intentado que el concepto de coste de oportunidad sea empíricamente comprensible.

En pocos sitios encuentra uno tan poca comprensión de este concepto como entre quienes están convencidos de que nos dirigimos a una catástrofe climática y que el medio ambiente va a salir cada vez más perjudicado. Todo lo demás, incluido el bienestar individual, y la autodeterminación de quienes viven hoy en día, está subordinada a la protección medioambiental y la prevención frente al calentamiento global. Encuentro tres razones para ello:

- Primero, los medioambientalistas apelan a hechos científicos cuya validez apenas ponen en duda. Es más difícil poner en duda el conocimiento que poner en tela de juicio una creencia, particularmente cuando los expertos hacen que esa «verdad» sea inmune a la duda. Esto está pasando en el debate climático en el que el llamado consenso entre climatólogos es cualquier cosa menos indiscutido fuera de ese círculo.
- En segundo lugar, los mediambientalistas basan sus argumentos en los intereses de generaciones que vivirán dentro de cien años. Hay algo moderadamente totalitario en la idea de que en cien años el mundo será muy parecido a como es hoy. Si esa idea se hubiera aplicado en el comienzo del siglo XX, ahora viviríamos sin coches, teléfonos, penicilina, píldoras anticonceptivas o inodoros.

- En tercer lugar, los mediambientalistas reclaman que, en ausencia de medidas compensatorias, las vidas de millones de personas están en juego. Si uno adopta el punto de vista contrario, como ha hecho Vaclav Klaus con notable coraje, se expone fácilmente a la acusación de cinismo.

Los partidos liberales en Europa apenas han tenido la valentía de contar la historia desde el punto de vista liberal: que el cambio climático, independientemente de si está causado por el hombre o no, no tiene que ser algo malo en sí mismo, que implica la internalización de efectos externos, tanto positivos como negativos, que la preservación del status quo no es, en modo alguno, algo exclusivamente humano, y que, a lo largo de su historia, la raza humana ha respondido a los más grandes retos con una mezcla de adaptación y resistencia. Esto es exactamente lo que distingue a los humanos de otras formas de vida: son capaces de vivir tanto en Siberia como en el desierto.

El feminismo

Cuando se habla del feminismo como un movimiento que pone en peligro la libertad, no nos referimos al principio fundamental de que hombres y mujeres deben tener iguales libertades en una sociedad libre, iguales derechos e iguales obligaciones a los ojos del Estado. En la historia del pensamiento político, los liberales han propagado esa manera de entender la igualdad de derechos desde las etapas más tempranas. Hay una fuerza liberadora en este aspecto del feminismo.

Sin embargo, hay otro feminismo. Sus principales características son, en primer lugar, que reclama un tratamiento igual para lo que es desigual, por ejemplo, demandando que la promoción en el mundo profesional no debe tener en cuenta las interrupciones en la carrera debido al embarazo, el nacimiento y el cuidado de los hijos. En segundo lugar, intenta socializar el coste de la maternidad. Dado que las provisiones para la tercera edad en la mayoría de los países están basadas en un sistema «pay-as-you-go», los niños tienen un efecto externo significativo en las pensiones

de la generación activa actual. Para compensarlo, se sugiere que los nidos, guarderías y escuelas deben ser casi gratuitos. En tercer lugar, el feminismo antiliberal está preparado para utilizar el argumento de la discriminación para intervenir en los contratos libres entre personas y dejar en desventaja al hombre, por ejemplo, introduciendo todo tipo de cuotas.

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS EN COMÚN

Los «ismos» discutidos aquí —esta lista no pretende ser exhaustiva, por ejemplo no he mencionado la defensa de los derechos humanos— tienen unas cuantas características en común, algunas de las cuales son compartidas por los antiguos «ismos», mientras que otras son típicas de los nuevos movimientos.

Paralelismo con el socialismo y el nacional socialismo

Como el socialismo y el fascismo, una característica típica de los nuevos «ismos» es el concepto normativo distintivo del hombre. Su objetivo es el Nuevo Hombre, y en este sentido están muy relacionados con el cristianismo, siendo la única diferencia que éste último no espera, de manera realista, la ansiada perfección humana hasta la otra vida. En última instancia, todos desean transformar a cada cual en un ser humano «ideal» —ideal de acuerdo con su propia definición. La libertad que la mayoría de ellos mencionan en sus programas es una libertad condicional. Todo el mundo es libre de hacer lo que quiera, siempre que quieran hacer justo lo que deben hacer en opinión de los paternalistas, los ecologistas y las feministas.

Estrechamente relacionada con esta visión de la humanidad está la negación de cualquier tipo de subjetividad. Como los antiguos «ismos», los nuevos «ismos» postulan algo como la objetividad de la moral y el conocimiento, o al menos, una voluntad colectiva singular, como la «voluntad general» de Rousseau, a la que todos los ciudadanos deben someterse. No hay lugar para desviaciones de la norma, ni para el derecho a ser (supuestamente)

irracional o para el derecho a autolesionarse, dos pilares del liberalismo clásico.

Finalmente, tal y como los antiguos «ismos» que eran hostiles a la libertad, un elemento inherente a los nuevos «ismos» es la «pretensión del conocimiento». Ellos no alcanzan en absoluto a comprender la humilde visión de que ni una sola persona ni una autoridad puede tener a su disposición la cantidad de conocimiento que se necesitaría para comprender la sociedad en su complejidad, y ciertamente, no el suficiente para dirigirla. Frente al telón de fondo de la crisis económica y financiera, hay una creciente, y casi ciega, creencia en que la economía puede ser planificada por un Estado central que es altruista y dotado de visión y competencia. La simpatía por la grandeza, la centralización y la armonización que son característicos de la mayoría de estos «ismos», es una expresión de su falta de humildad. La arrogancia intelectual. Y la creencia en la capacidad para conseguir lo que se quiera están entre los mayores peligros a los que se enfrenta la libertad hoy en día. Las antitoxinas son: la separación de poderes, la no centralización y la pequeñez.

Diferencias en comparación con el socialismo y el nacional socialismo

Pero ¿cuál es la diferencia con los nuevos «ismos»? En primer lugar, actúan menos comprensivamente. Su acción, por contra, es dirigida selectivamente hacia una sola cuestión a la cual se subordina todo lo demás. Se puede argumentar que la situación no es muy diferente en el liberalismo, con su fijación con la libertad. Sin embargo, de esta orientación hacia el liberalismo, se puede deducir, en una medida mucho mayor que en los nuevos «ismos», un concepto comprensivo, fuertemente coherente, que rija el diseño de la política, la economía y la sociedad.

Por lo tanto —segunda observación— los nuevos «ismos» se consideran a sí mismos menos políticos y más no-ideológicos que los movimientos derivados de las doctrinas tradicionales. Esto es especialmente cierto para actitudes básicas como el centralismo, con su amor por la armonización, y para el pragmatismo y

la búsqueda de la transparencia. Defensores de tales escuelas de pensamiento, frecuentemente reclaman que se trata simplemente de una cuestión de eficiencia —como si se tratara de una cuestión sin carga valorativa. Dicen que «solamente» se preocupan de soluciones neutrales a los problemas, como la protección del clima.

Dicen que la distinción entre derecha e izquierda está obsoleta. Sería maravilloso si los problemas pudieran resolverse de manera liberal, dicen. Pero si no, uno simplemente debe recurrir a los instrumentos que son adecuados, incluso si son intervencionistas.

En tercer lugar, y directamente relacionado con lo anterior, está el esfuerzo realizado por estos nuevos «ismos» de presentarse a sí mismos como menos radicales que los antiguos partidos. En cierta medida es un envoltorio muy inteligente. Sin embargo, muchos paternalistas, medioambientalistas y feministas reclaman, enteramente por convicción interna, valores como la libertad, la democracia y el mercado. Simplemente no se dan cuenta del hecho de que necesariamente hay contradicciones entre sus principales preocupaciones (y la impaciencia con la que las afirman) y un sistema espontáneo.

En cuarto lugar, el resultado de todo esto es que la erosión del orden liberal por los nuevos «ismos» pasa casi desapercibida. Los nuevos «ismos» no reivindican cambiar el orden existente completamente de arriba a abajo. No apuntan a ninguna revolución, y siempre están relacionados con cuestiones que son, a primera vista, legítimas, incluso importantes, que es por lo que las bases liberales se rinden tan fácilmente a ellos.

CONCLUSIÓN

Por todas estas razones los nuevos «ismos» son muy seductores —y necesitamos una clara convicción y una gran vigilancia para protegernos frente a ellos. Al mismo tiempo, nosotros los liberales deberíamos tomarnos en serio los intereses legítimos de estos movimientos. Debemos dejar claro que no rechazamos la preocupación por el medio ambiente como tal, solamente los aspectos

que ponen en peligro la libertad, en algunos casos aspectos totalitarios. Las mujeres, el medio ambiente y los más débiles de la sociedad estarían mucho mejor en una sociedad con mayor libertad que en la sociedad occidental de hoy. Sin embargo, en una sociedad abierta cualquier preocupación —excepto la de la libertad— está en competencia con otras preocupaciones y no puede considerarse en términos absolutos. Por lo tanto, los liberales sólo podemos entrar en coaliciones, tanto políticas como intelectuales, con nuevos «ismos» si éstos están dispuestos a comprometerse. Ésta es la razón por la que los liberales debemos permanecer vigilantes hacia esos nuevos «ismos», porque sus tendencias a poner en peligro la libertad pueden no ser reconocidas hasta que es demasiado tarde.